
Luigino BRUNI, *Lógica carismática*, Madrid: CTEA, 2022, 124 pp., 12 x 19, ISBN 978-84-1772857-1.

Luigino Bruni ha dedicado ya cinco libros a las «comunidades carismáticas» o «movimientos espirituales». En España había aparecido hasta ahora solamente el primero de ellos, *La destrucción creadora*, aunque en otros países se han traducido ya al castellano algunos más. En aquel libro, la reflexión partía de una noción más amplia, la de «Organizaciones movidas por un ideal», que finalmente se distinguía de los movimientos suscitados por un carisma del Espíritu Santo (cfr. cap. 8). *Lógica carismática* se centra en estos últimos. Como los cuatro anteriores, el volumen recoge una serie de artículos que aparecieron antes publicados en *Avvenire*, el periódico de la Conferencia Episcopal

Italiana. Su inevitable carácter fragmentario constituye a la vez una debilidad y una fortaleza: fortaleza, en cuanto le permite abordar cuestiones muy dispares; debilidad, en cuanto no le consiente la profundidad que los sucesivos temas requerirían.

El objeto de estudio lo constituyen los movimientos que han surgido desde la mitad del siglo XX: «realidades colectivas creadas y alimentadas por un carisma y, por consiguiente, por uno a más fundadores, que son los primeros portadores de ese carisma y su primera imagen» (p. 53). En particular, el Autor se acerca a estas organizaciones en sus primeros años de desarrollo, para estudiar las dinámicas de crecimiento e institucionalización propias del periodo en que vive aún –o ha fallecido recientemente– el fundador. Para que en estas organizaciones no se apague la vitalidad del propio carisma, Bruni propone la necesidad de asegurar algunos rasgos fundamentales.

En primer lugar, la *pluralidad*. En ese sentido, retomando la imagen que ha utilizado el papa Francisco, habla de «comunidades poliedro» y de «comunidades esfera», y prefiere las primeras. Esta idea entronca con la postura que el Autor sostiene en relación con la vocación personal. Afirma que, dentro de un camino vocacional, cada cual encuentra su propia vocación, su modo personal de vivirlo, de encarnarlo y, junto con las demás formas, expresa justamente la riqueza del carisma.

La segunda característica sería la *subsidiariedad*. Apuesta por organizaciones ligeras y descentralizadas, donde cada miembro es capaz de una pluralidad de funciones. Es lo que denomina una «institución planta», frente a la posibilidad contraria, de una «institución animal», en la que hay funciones muy especializadas y una gran dependencia de ciertos centros de decisión. Para Bruni, la «institución animal» tendría sentido mientras viviera el fundador, pues se entiende que él es como el corazón de la misma; sin embargo, el modelo vegetal sería más adecuado a una comunidad en la que falta el fundador, pues, en ese caso, todos los miembros comparten por igual el carisma. De hecho, sugiere que la conversión de un modelo a otro debería hacerse «en la fase de transición del fundador a sus sucesores» (p. 90). Ahora bien, en su opinión, este cambio afectaría solamente a la dimensión más práctica de la organización, y no a su «código genético». Detengámonos un momento en este punto.

En un pasaje de gran importancia, el Autor señala que en la tradición y en la regla escrita por un fundador se pueden distinguir tres partes. Una «se refiere a la forma de vida de la nueva personalidad espiritual (individual y colectiva) que el carisma trae a la tierra»; es la parte que menos debe cambiar

(«sólo en aspectos muy marginales»). Otra, en cambio, consiste en «la descripción de las reglas de gobierno y la organización práctica de la comunidad». Entre estas, hay algunas «dimensiones carismáticas y fundacionales y originales que no hay que perder», pues es necesario en todo caso un modo de gobierno que sea adecuado al propio carisma. En cambio, hay también «prácticas y reglas pensadas a medida del fundador y de su “organización animal” que, si no cambian pronto, acaban bloqueando el desarrollo de la comunidad» (p. 89). Además de evitar este bloqueo, el cambio hacia un modelo de «organización vegetal» haría posible una unidad que, como la de la planta, dependa fundamentalmente del propio ADN y de las raíces del carisma (cfr. p. 91).

La tercera característica es la *apertura*, que tiene que ver con su capacidad de diálogo y confrontación con realidades distintas. Para Bruni, ese diálogo consiente un enriquecimiento, una comprensión de la propia identidad que no es posible alcanzar de otro modo. Este rasgo tiene que ver con la tensión de las comunidades carismáticas hacia la misión, pues es en ese contexto donde se da el encuentro con mentalidades y visiones distintas, y se hace necesario dar razón del propio carisma. A la vez, debe convivir con la necesidad de mantener la propia identidad, que se siente con más fuerza cuando se están dando los primeros pasos.

Frente a estos rasgos, el Autor diagnostica también ciertas enfermedades que son comunes a los movimientos espirituales. Hay que tener presente que la realidad de la que habla es aún joven, que no ha pasado por más que —como mucho— unas pocas generaciones. De ahí que pueda estudiar la situación en la que se encuentran cuando sigue vivo el fundador, o al menos muchos de los que convivieron con esa figura (el mismo Bruni pertenece al Movimiento de los Focolares, y vivió cerca de su fundadora, Chiara Lubich). Y de ahí también que sus explicaciones tengan carácter de ensayo.

Los problemas que plantea el libro tienen que ver con la transición de lo que se podría denominar etapa *fundacional* a la etapa de *transmisión del carisma*. En libros anteriores se había ocupado ya de algunos de ellos; aquí se centra principalmente en cuatro.

El primero tiene que ver con lo que denomina el *mito del fundador perfecto* (tema que ha estudiado también de modo más técnico, en ámbito empresarial), y con la necesidad de distinguir, en sus enseñanzas, lo que son palabras ligadas al carisma de lo que no lo son. Para Bruni, sería un error pretender que todas las palabras y acciones del fundador tuvieran por igual un valor carismático. De hecho, afirma con fuerza que «entre las palabras de los fundado-

res se encuentran desde el principio algunas tesis equivocadas, parciales e inmaduras, y que la madurez de una comunidad consiste en ser capaz de admitir que puedan ser equivocadas (y no sólo mal interpretadas)» (p. 81). Más allá de estas palabras –o acciones–, habrá otras que, sin ser equivocadas, sean simplemente circunstanciales o idiosincráticas. Nuestro Autor argumenta que la Iglesia ha hecho eso mismo con algunas expresiones que se encuentran en el Evangelio (y, de hecho, se podría añadir que el mismo proceso de redacción de los Evangelios implica una selección, cfr. Jn 21,25); ahora bien, en su opinión, mientras en relación con Jesús esas palabras son muy pocas, en el caso de los fundadores «el orden se invierte: las palabras “eternas” son pocas y las que esperan ser superadas son muchas» (p. 48). Se trata, en todo caso, de una operación que le parece del todo necesaria, pues, «cuando una comunidad no hace distinción y considera que todas las palabras de ayer están dotadas del mismo valor carismático, acaba, sin querer, haciendo envejecer rápidamente todas las palabras de los comienzos» (p. 48).

El segundo problema tiene que ver con la concepción de la *fidelidad*. Con el fundador, esta se vive como «la búsqueda de la ejecución perfecta, sinfónica y coral del único tema comunitario. No hacen falta compositores, sólo instrumentistas excelentes» (p. 64). En cambio, en el momento sucesivo, «la fidelidad que ayer fue adhesión incondicional, hoy debe convertirse en fidelidad disonante, divergente, lateral, arriesgada» (p. 70). Sería un error considerar que la fidelidad al carisma consiste en la simple imitación de los modos de hacer del fundador (o de los que se establecen en la comunidad antes de su fallecimiento). Como se ha señalado antes, no todas sus palabras o acciones tienen el mismo valor, en relación con el carisma. Para Bruni, sería igualmente equivocado pensar que el carisma queda enteramente *fijado* a la muerte del fundador; más aún, «cuando una comunidad cree encontrar el carisma del fundador en su pasado, es la fe del carisma la que entra en crisis» (p. 69). El carisma es una realidad *viva*, que muestra su vitalidad precisamente en su capacidad de dar respuestas inéditas a situaciones imprevistas. Por eso, lo que nuestro Autor propone es que «las respuestas de hoy deben nacer del carisma vivido hoy», de modo que «todas las palabras y gestos del fundador pueden ser una inspiración, la aurora, pero nunca el final de un discurso» (p. 69). En ese sentido afirma que, tras la muerte del fundador, son precisos más compositores, y menos instrumentistas. A la vez, sostiene que «el carisma es el tema dominante de todas las obras que vendrán: es semilla de futuro, es el ADN espiritual de todo lo que nacerá» (p. 70). Claro que mantener a la vez la prioridad de los compo-

sitores y la centralidad del «ADN espiritual» plantea una serie de preguntas que requerirían un desarrollo más detallado. En todo caso, conviene señalar que, para Bruni, en uno y otro momento se vive la fidelidad como una expresión de libertad personal: en cada uno de ellos –época fundacional y época de transmisión o de continuidad– la que mejor se adecúa a la realidad del carisma en ese tiempo.

El tercer problema que se aborda en el libro es el de la *autorreferencialidad* y la *segregación*, no intencionados, en que caen las comunidades carismáticas. El Autor aprovecha las teorías de Thomas Schelling para mostrar cómo, de intenciones personales de apertura, pueden surgir resultados de aislamiento. A fin de cuentas, es inevitable que una comunidad genere modos y rasgos propios, que pueden pasar inadvertidos a sus miembros y sin embargo son reconocidos con facilidad por un observador externo. Eso mismo puede llevar a formas de autorreferencialidad que –una dificultad más– resultan atractivas precisamente a personas que buscan la seguridad del grupo. En sí mismo, eso no tiene nada de malo; pero resulta letal para una realidad que ha nacido para una misión.

El cuarto y último problema que expone el libro es el de la *imitación* y el *conformismo* entre los miembros del movimiento. De nuevo, se trata de rasgos prácticamente inevitables en toda comunidad. Lo que resulta decisivo, a la hora de mantener la vitalidad y de ser capaces de superar situaciones de crisis, es la capacidad de reconocerlo y de reducir el grado en que se da. Este punto enlaza con la idea de fidelidad que se ha señalado más arriba. En efecto, para Bruni, si se confunden fidelidad y conformismo, y se premia este último, «se promueven estilos de gobierno y ethos conformistas, incapaces de la creatividad e innovación que son esenciales para que una comunidad pueda tener continuidad en el tiempo» (p. 111). Claro que es posible que el mismo conformismo atraiga a gente, pero serán en todo caso personas «con baja motivación intrínseca y baja autonomía» (p. 111). Por eso, el Autor propone promover una formación que ayude a purificar las propias motivaciones y generar motivaciones intrínsecas.

El libro termina con un capítulo de marcado lirismo. Recorre la historia de una vocación, y en particular su paso de la juventud –explosiva, entusiasmada, radical– a la edad adulta –más serena, pero no menos auténtica–. En ese marco plantea Bruni la necesidad de «imaginar nuevas formas de vida en común, más nómadas y fluidas, sobre todo en la fase adulta de la vida de las personas; que generen otros modos de vivir la pertenencia fuerte de la comuni-

dad, con fidelidad al espíritu del carisma, pero estando dispuestas a cambiar las formas concretas y organizativas del pasado» (p. 120). Señalo esta frase porque creo que recoge algunos elementos que hemos ido señalando y permite plantear el mejor modo de comprender algunas ideas del libro. En efecto, lo que nuestro Autor propone, ¿se aplica por igual a todos los miembros de la comunidad, o tiene que ver con quienes llevan en ella ya un cierto tiempo? ¿Es algo que responde a un don inmediato, o es resultado también de una formación? ¿En qué medida las formas «nómadas y fluidas» expresan la fidelidad, y en qué medida pueden dificultarla? ¿Solamente rompen con una dinámica de indebida cristalización, o pueden llegar a afectar al ADN del carisma? Y, por otra parte, las propuestas que se hacen, ¿obedecen a las dinámicas propias de la realidad carismática, o más bien responden, amoldándose, a un contexto histórico marcado por esos rasgos? Tras ocho años de reflexión y estudio, en que ha desbrozado un terreno aún selvático, tal vez Bruni pueda ofrecer próximamente una visión de conjunto de su pensamiento, que responda a estas cuestiones.

Señalo, para terminar, algunos aspectos que podrían enriquecer esa (hipotética) exposición sistemática. El primero tiene quizá menor relación con las preocupaciones centrales del Autor, pero ayudaría a consolidar su postura. En particular, un desarrollo más amplio de su pensamiento haría posible una justificación bíblica más estricta de las distintas ideas y comparaciones que se proponen. Si la lectura que hace Bruni de la Escritura tiene siempre un cierto margen de creatividad, en *Lógica carismática* resulta en ocasiones problemática, y roza incluso lo arbitrario. ¿Hasta qué punto está justificada su lectura de la relación entre Jesús y la comunidad del Bautista? ¿Y la idea de que la sirofenicia hizo que el Señor «se convirtiera»? (cfr. p. 50). Ciertamente los ejemplos que propone ayudan a comprender lo que quiere decir en cada caso, pero a veces eso va en detrimento de una lectura cabal de los textos.

Por otra parte, podría ser interesante acercarse al fenómeno de la fundación de una comunidad carismática (la determinación de su ADN) y la transmisión de ese carisma (y esa comunidad) desde las categorías que la Teología fundamental utiliza para hablar de la *Tradicón viva de la Iglesia*. En ella es clara la distinción entre un momento constitutivo y un momento continuativo, cada uno de ellos con una lógica y una dinámica propias. Además, en uno y otro momento es necesario mantener la inseparabilidad de Verbo y Espíritu, sin caer en formalismos paralizantes y estériles, ni contestar a ese extremo con formas de vitalidad amorfa y arbitraria. Recordando la formulación de Y. Con-

gar, se puede decir que en la economía divina «no hay Palabra sin Soplo... ni hay tampoco Soplo sin Palabra». Esa misma unidad de acción, que está presente en el dinamismo de la Tradición, se podría explorar igualmente en términos eclesiológicos, desde las categorías propias de la relación entre carisma e institución. Se trata, también en este caso, de dos aspectos que es preciso comprender de modo integral, sin caer en una dialéctica de mutua exclusión que llevaría en último término a una *destrucción destructora* (por hacer un guiño al primero de los libros de Bruni). De hecho, sus reflexiones parecen a veces caer en esa dialéctica, aunque en otros pasajes –como el que se ha citado más arriba– señala claramente la necesidad de reconocer un valor carismático también a algunos aspectos de la organización. Una exposición sistemática de la cuestión podría ayudar a aclarar esos puntos.

Finalmente, hay una dimensión que podría enriquecer ulteriormente la reflexión que hace nuestro Autor sobre la transmisión del carisma en el seno de una comunidad. En ocasiones, parece enfocar la relación entre personas y movimiento en términos de individuo-institución. Tal vez eso sea válido para el mundo empresarial, para las corporaciones y para otros contextos; sin embargo, la Iglesia –y las comunidades que existen en su seno– está llamada a encarnarse de un modo distinto, precisamente *comunional*, y comunional en un sentido que incluye la dimensión del tiempo (comunión entre generaciones). Esta perspectiva enlaza de algún modo con la presentación de la Iglesia como familia, que aparece ya en la Escritura y es continua en la Tradición. Se trata de una imagen que sirve para describir las comunidades carismáticas sólo hasta cierto punto, pues los vínculos que se establecen en la comunidad y en la familia son muy distintos, como lo es también la apertura a la misión en una y otra. Así, una mera identificación podría llevar a distintas formas de abuso, al deformar la realidad de las relaciones que se dan en una comunidad carismática. Sin embargo, aun contando con sus límites y riesgos, se trata de una imagen irrenunciable para una comunidad eclesial, que presenta también algunos elementos enriquecedores. El mismo Bruni parece tenerla presente al considerar la relación entre el fundador y quienes se adhieren al movimiento en términos de paternidad-filiación (cfr. cap. 5). Y eso es precisamente lo que se podría enriquecer.

En efecto, sería interesante explorar el modo en que las comunidades transmiten sus rasgos propios de generación en generación. En eso, la dinámica familiar se vive en muchos otros casos. Pensemos por ejemplo en las comunidades cristianas que viven en países que no lo son. Se da en ellas una realidad

que podría denominarse *paternidad generacional*, en el sentido de que cada generación se sabe llamada a transmitir a la sucesiva el tesoro de la fe que ha recibido. No es que *uno solo* sea el padre, y *todo el resto* sean hijos, como en el par fundador-comunidad, sino que la entera generación se sabe *padre* en relación con la sucesiva. De otra parte, no se trata tampoco de una relación entre un individuo y un colectivo, como en el par individuo-institución, sino entre generaciones. Así, la generación más joven, aquella que es portadora de novedad, recibe ese tesoro como lo que es, y es consciente de recibirlo a través de un proceso que exige una gran generosidad por parte de quienes lo transmiten. Por eso, desarrolla hacia ellos una forma de *pietas*, que le lleva a recibir ese don y encarnarlo lo mejor posible, valorando el modo en que lo hicieron los anteriores y sabiendo que existe también el riesgo de echarlo a perder. A su vez, como señala Bruni, la generación mayor está llamada a desarrollar una segura confianza en los jóvenes, que le lleva a pasar las riendas de la comunidad *cuan-do llegan a su madurez*. Lo harán sin miedo ninguno, ya que, si han sabido transmitir bien lo que recibieron, esa nueva generación sabrá afrontar mejor que ellos mismos las nuevas situaciones y desafíos. A fin de cuentas, esas situaciones inéditas pertenecen al mundo en que los jóvenes han nacido, a la mentalidad en que han crecido, y les son, en una palabra, más congeniales. Finalmente, desde la realidad familiar cabría entender el papel respectivo de las distintas generaciones y la riqueza que supone su convivencia, pues con el tiempo están llamados a surgir sucesivamente distintos niveles de paternidad y de filiación: las que se dan entre abuelos, padres, hijos, nietos... algo que sucede en la familia y tiene su equivalente en otras comunidades.

Claro que después de plantear esta *paternidad generacional* queda mucho por aclarar. Para empezar, habría que perfilar mejor el modo de distinguir una generación de otra y el de valorar la madurez de cada una. También habría que distinguir lo que es propio de la sana transmisión de otros posibles conflictos generacionales. Además, esta paternidad no es algo automático, y sería preciso estudiar de qué modos cabría cultivarla –ya en vida del fundador, y de modo especial en la transición a la época sucesiva–. Por otra parte, como se ha señalado más arriba, es importante no perder de vista los riesgos inherentes a una identificación sin más de las comunidades carismáticas con la realidad familiar. Sin embargo, que una desviación sea posible no quiere decir que se dé siempre; y a evitarlo mira precisamente la obra de Bruni. Si aquí se ha vuelto sobre ella es fundamentalmente para señalar que la comunión entre generaciones y la transmisión del carisma en toda su autenticidad y vitalidad no corresponde

sólo a quienes tienen funciones de gobierno en la comunidad, o a quienes parecen más creativos –más carismáticos, en sentido psicológico–, sino *a todos*. Algo que se puede ver en una familia cristiana y en muchas otras comunidades, como aquellas comunidades académicas –estudiantes y jóvenes profesores, catedráticos y eméritos– que transmitían de generación en generación la vida universitaria. Tal vez sea algo propio de todas aquellas comunidades que viven una misma realidad, una misma vida, y la transmiten en el tiempo.

Hemos apuntado brevemente algunos elementos críticos en cuanto podrían ayudar a contrapesar algunas de las dinámicas perniciosas que Bruni describe con viveza. Así, su diagnóstico, tan certero –por más que incómodo– en muchos puntos, se enriquecería con una respuesta adecuada a la realidad de la que se trata, hondamente enraizada en la Revelación, en la vida de la Iglesia y en la misma realidad humana.

Lucas BUCH
Universidad de Navarra
DOI 10.15581/006.55.3.741